

Amadísimos fieles

Os recordaba como un símbolo exacto de lo que viene ocurriendo con la Iglesia aquel pasaje de la pecadora pública sorprendida en el adulterio y conducida a presencia de Cristo para que este emitiera su sentencia de muerte sobre ella. Los fariseos no han comprendido ni comprenderán cual es la misión de Cristo, que como expresamente lo dice Él había venido a salvar lo que se había perdido. Le acusarán de ser amigo de los pecadores y de publicanos, acaso pensarán que es un contertulio de ellos... acaso sospecharán en otras complicaciones con ellos que le mueven a ser tan tolerante, tan condescendiente con ellos. La acusación que hoy se lanza contra la Iglesia es también la de ser demasiado indulgente con los usurpadores de derechos ajenos, es la de no ponerse inmediatamente o tan resueltamente como quisieran muchos de parte de la justicia, de la parte de la ley y contra la injusticia y la opresión... Qué hace la Iglesia, se suele decir, consintiendo a veces los palios en manos de sus más indignos hijos, qué hace la Iglesia que permite que se acerquen al altar quienes han faltado al prójimo... qué hace ella rodeado de tanto fariseo y tanto hipócrita... Qué hace Cristo rodeado de tantos pecadores, de tantos publicanos... Qué hace? Pero no es ella madre que ha de buscar la conversión del pecador? Nos gustaría que manejara la fusta, que manejara el látigo... qué pena que no se barran nuestras iglesias de tanto hipócrita, de tanto fariseo... de tanto negociante, de tanto... pecador...

Tenemos por delante un siglo, el siglo XIX en que se acusara a la Iglesia de no ser suficientemente benigna, suficientemente tolerante... su proceder escandaliza a aquellas multitudes del siglo pasado porque es intransigente, intolerante... el supremo valor que hay que salvar y reconocer el es libertad... libertad. Ha pasado ese siglo y ha cambiado la manera de pensar de los hombres... la libertad ha sido como lo dijo Lacordaire la opresión del pobre y hemos llegado a un siglo en que predominan otras corrientes corrientes de violencia y de fuerza... hasta la misma verdad hay que imponerla. Inficionados por estas corrientes en boga se tilda hoy a la Iglesia de ser demasiado indulgente, demasiado condescendiente con la debilidad humana. Qué hace ella que no levanta más fuertemente la voz contra las injusticias, qué hace ella que contempla impasible esta maldad que se está cebando sobre el pueblo sin levantar sus brazos y provocar una lucha a sangre y a fuego contra esos que están acaparando las riquezas con perjuicio de todos o la mayoría? Ese espíritu de guerra y lucha de clases siempre ha detestado la Iglesia. Pero eso no quiere decir que ella sea indiferente hacia unos u otros. Ella enseña la verdad, ella respeta al hombre... lo de siempre... lo de San Agustín... conoce cuán profunda y grande es la miseria humana